

# Contra la internacional fascista, la internacional democrática

Las fuerzas europeas de reacción intentan una gran ofensiva contra la democracia. En Austria los fascistas de la Heimwehr ocupan el poder y tratan de aplastar el gran movimiento socialista de Viena. En Alemania, Hitler, el ex-pintor de brocha gorda, organiza públicamente un golpe de Estado y los «cascos de acero» realizan un provocador desfile en Coblentz. En Polonia, Pilsudski prepara las elecciones encarcelando a todos los jefes de la oposición y aplicando la ley de fugas. En Rumania, dimite Maniu, y Carlos, el Juerguista, aspira a realizar sus ambiciones absolutistas. En Hungría, el propio gobierno facilita la restauración monárquica. Un viento de locura, de bestialidad política, de trogloditismo azota la Europa central y balcánica. El fascismo, antes de morir, se agita, amenaza, hace su último esfuerzo destructor.

Esa gran ofensiva de la reacción europea coincide con el fracaso de todas las experiencias dictatoriales que ha sufrido el mundo en el turbio período de la postguerra. Fracasó la dictadura en Grecia, y Pangalos viste hoy uniforme de presidiario. Fracasó la dictadura en Lituania, de donde ha sido expulsado el grotesco Vaidemaras. Fracasó la dictadura en España, que sufre hoy las consecuencias de seis años de demencia y bandidismo gubernamental. Fracasó la dictadura en las Repúblicas americanas donde aquel régimen desencadenó revoluciones. Ha fracasado la dictadura en Portugal, que no ha de tardar en sacudirse a sus tiranelos. Ha fracasado la dictadura en Italia, cuya situación económica y financiera es espantosa. Han fracasado todas las dictaduras, incluso las que todavía se mantienen en pie por un supremo recurso a la violencia o por un fenómeno [de inercia] popular. Y cuando todas las dictaduras han fracasado, cuando los pueblos que las sufrieron las maldicen y ofrecen el espectáculo desolador de sus efectos, las fuerzas de reacción y de tiranía intentan todavía extenderse, preparar nuevas dictaduras y nuevos fracasos.

No hay que ver únicamente en ello las pruebas de una obstinación en el error y en la brutalidad ni un desprecio absurdo a los ejemplos vivos. Hay que descubrir en las apariencias de esa Europa incorregible la fuerza enorme de la solidaridad internacional de todos los fascismos. Por encima de las fronteras, sobre los

fracasos locales, se ha crecido la internacional negra de las dictaduras. En ella ven su salvación los «duces» que hoy vacilan en sus tronos sangrientos, los usurpadores del poder que no podrían resistir la repulsa unánime de la democracia europea, y tratan de debilitarla en aquellos países donde todavía es vigorosa.

Poco importa que los movimientos fascistas tengan en todas partes manifestaciones externas

del más insultante y estrecho nacionalismo. Cada nacionalismo justifica el nacionalismo vecino, y todos juntos forman esa siniestra internacional.

Primo de Rivera no obstante su insignificancia, fué un apoyo para el portugués Carmona y para los tiranelos suramericanos, y un servidor de Mussolini, del mismo modo que Mussolini sirve a los fascistas húngaros y austriacos y se alía con los racistas alemanes. Un delegado de los «camisas negras» ha asistido al desfile militar de los «cascos de acero» en Coblentz. Hitler tiene en sus cajas dinero fascista para pagar la soldada de sus «tropas de asalto». Grandi canta la gloria de Pilsudski. Un matrimonio real sella la alianza de las dictaduras búlgara e italiana...

Dictadores y aspirantes a serlo se ayudan, se facilitan armas y dinero, se dan la mano, forman el frente contra la democracia, complotan juntos para asesinarla. Todas las dictaduras han fracasado, pero los dictadores no se dan aún por vencidos e intentan su ofensiva desesperada para defenderse, para sobrevivir.

¿No habrá llegado la hora de que la democracia europea oponga a esa ofensiva la fuerza enorme de su acción? La democracia europea unida sería invencible. ¿No será posible oponer a la internacional fascista la solidaridad democrática de todos los pueblos que no quieren dejar que se extinga la antorcha de la libertad?

Hubo un tiempo en que Europa era como un centinela de la democracia, vigilando los avances de las fuerzas reaccionarias. Un acto de absolutismo en cualquier país era inmediatamente castigado por el clamor internacional. Un ejemplo: cuando Ferrer fué asesinado, los obreros de todos los países europeos declararon el boicót a las mercancías españolas.

Entonces, sin embargo, la tiranía y el fascismo no eran productos de exportación. Bastaba la protesta de la conciencia europea

para asustarlos. Pero hoy tienen una potencia invasora, epidémica, como una enfermedad que avanza en la miseria moral que nos legó la guerra. Sería preciso que los hombres, los pueblos, los gobiernos democráticos combatieran sin contemplaciones, sin pueriles respetos internacionales, esa plaga. Hay que aislar las dictaduras, negarles los medios de vida, perseguirlos, evitarlos. Es absurdo el escrúpulo liberal de que cada pueblo se da el gobierno que quiere. La dictadura no la elige libremente el pueblo. Es un régimen que se impone por la violencia. Es un atraco, un crimen, un secuestro.

Una acción conjunta de los gobiernos y los pueblos de las grandes potencias democráticas de Europa y de América hubiera ahogado desde el primer día al fascismo italiano. Un ultimatum enérgico de esas mismas potencias,

la amenaza del boicót obrero a sus mercancías y del boicót financiero a su comercio apagaría los ardores bélicos de Hitler y de Hugenberg. La solidaridad efectiva y audaz de todas las democracias acabaría con la insolencia y el peligro de todas las dictaduras presentes o futuras. Un gobierno fascista no debe ser admitido en la Sociedad de Naciones, cuyos miembros, según el pacto, han de gobernarse libremente. Los gobiernos democráticos deben romper sus relaciones diplomáticas y comerciales con los gobiernos dictatoriales. Hay que ser implacable con el fascismo, ya que el fascismo lo es con la democracia.

¿Estados Unidos de Europa? Si. Pero, previamente, solidaridad de todas las democracias europeas frente a la internacional fascista. La vida misma de Europa, su vida material y su alto destino espiritual, están amenazados por la ofensiva del fascismo, que es la barbarie y la guerra. La democracia europea debe salvarla y salvarse heroicamente.

CARLOS ESPLÁ  
París, Octubre, 1930

A.P.C.E.  
SIG.:  
1.2b/752